

# **CONFERENCIAS**



# ANTIAMERICANISMO Y LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

---

**Max Paul Friedman**

American University

## **Conferencia dada en la Pontificia Universidad Católica Argentina en el mes de junio de 2014**

Existen quienes piensan que venir a la Argentina para dar una conferencia sobre el anti-americanismo es un poco como ir a Londres para dar una conferencia sobre el té. Los argentinos además de ser grandes candidatos para ganar la copa del mundo en fútbol, según se dice, son campeones en anti-norteamericanismo.

Y es verdad que Argentina sigue siendo el país de América Latina con menor aprobación de los Estados Unidos.

¿Es esto evidencia del anti-americanismo en Argentina?

Antes de contestar, debemos reconocer la dificultad que implica hablar del anti-americanismo en América Latina, ya que al identificar como “los americanos” a mis compatriotas, estaríamos apropiando simbólicamente a todo un continente. Ustedes también son americanos, y la monopolización del gentilicio por parte de una sola nación de las Américas refleja la lamentable actitud inconsciente de superioridad, que es una fuente de la falta de entendimiento entre norte y sur. Sin embargo, como es la palabra usada en mi país, voy a seguir usándola y problematizándola.

En los sondeos recientes, sólo 41 por ciento de los argentinos dicen tener una opinión favorable a Estados Unidos. Seguramente es evidencia empírica del anti-americanismo. Pero, además, sólo 36 por ciento tienen una opinión favorable a la Unión Europea. Entonces, tal vez deberíamos cambiar de tema y hacer una conferencia sobre el inquietante problema del anti-europeísmo en Argentina.

Y es más, la opinión acerca de los Estados Unidos en Argentina ha mejorado mucho desde 2007, cuando era tan sólo 16 por ciento. ¿Por qué se ha producido este cambio?

Asimismo, resulta significativa la respuesta a otra pregunta en el sondeo: “¿Tiene Ud. confianza en el presidente de Estados Unidos?” 2007: 5% “sí.” 2013: 44%. ¿Qué sucedió entre estos años? En 2008, se eligió un nuevo presidente, Barack Obama, y las opiniones del país mejoraron de inmediato en todo el mundo. Era el mismo país, pero con un nuevo líder, que tenía un estilo muy distinto y prometía políticas muy distintas.

La visión de Estados Unidos en el extranjero tiene mucho que ver con su significado en el imaginario colectivo. Para algunos, representa la primera república democrática moderna. Para otros, es un poder industrial y financiero impresionante, cuya influencia pone en riesgo sociedades y valores tradicionales. Pero la investigación demuestra que las opiniones acerca de Estados Unidos no son inmutables, y cambian mucho con los cambios en la política exterior estadounidense.

Por eso quisiera empezar analizando algunas tradiciones norteamericanas que influyen en las relaciones internacionales. Voy a localizar la política de Obama dentro de estas tradiciones. Finalmente, ofreceré algunas ideas sobre la intersección del antiamericanismo con la política exterior.

Antes que nada, debemos reconocer que existen varias interpretaciones de los mismos hechos. Veamos lo que ha sucedido en los últimos años, con tres interpretaciones distintas de la política exterior estadounidense en el siglo veintiuno.

Primera interpretación. Los Estados Unidos, el país más **libre** del mundo, que ha luchado por la libertad y la democracia a través toda su historia, salvó a Europa en la Primera Guerra Mundial y luego liberó a Europa de los nazis, y a Asia del militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial. Se mantuvo firme contra el comunismo soviético durante medio siglo. Ahora viene de liberar a tres países más. Los pueblos afgano, iraquí, y libio dieron la bienvenida a las tropas estadounidenses con gratitud, y bajo tutela estadounidense, construirán nuevos estados democráticos y modernos para asegurar vidas de paz y prosperidad.

Segunda interpretación. Los Estados Unidos, el país más **poderoso** del mundo, ha crecido constantemente en 230 años de deliberada construcción de un imperio. Adquirió colonias o el acceso a los mercados y a los recursos naturales mediante la supresión de los movimientos de liberación en Cuba

y Filipinas, en Vietnam y Chile, en Nicaragua y El Salvador. Se posiciona en Asia Central para controlar los recursos energéticos del Caspio, derribó uno de sus antiguos clientes en Irak para tomar el control de la segunda fuente mundial más importante de petróleo, y luego, bombardeó Libia para extender su dominio militar en todo el Oriente Medio. Nacionalistas iraquíes, afganos, y libios están luchando para defender a su soberanía nacional.

Tercera interpretación. Los Estados Unidos, un estado-nación como cualquier otro, siempre sigue las normas del sistema internacional en el que los gobiernos tratan de defender sus propios intereses nacionales en la forma más eficaz posible. Ha tratado de contribuir al equilibrio de poder para evitar grandes guerras, interviniendo sólo de mala gana, y tarde, en las dos guerras mundiales para restaurar la estabilidad en el sistema internacional. Se opone a los movimientos radicales de la derecha o la izquierda, y no se comporta en función de la ideología o el idealismo, sino que simplemente responde a las necesidades del momento para proteger su posición. Las grandes potencias tienen grandes responsabilidades, y los Estados Unidos va a seguir ejerciendo su responsabilidad de buscar la estabilidad en Asia, en el Medio Oriente, y en otras partes del planeta.

Cada una de estas interpretaciones, aunque formulada de manera un tanto exagerada, refleja una escuela de pensamiento académico ampliamente aceptada. (Los ejemplos corresponden aproximadamente a la escuela ortodoxa, la revisionista, y la realista.) Así que, como ven, es difícil decir que hay una respuesta correcta a la pregunta, ¿cuáles son los fundamentos de la política exterior de Estados Unidos?

Sin embargo, les voy a ofrecer algunos puntos clave para entender las tradiciones norteamericanas en cuanto a la política exterior, que pueden ayudar a descifrar lo que está pasando en nuestros días. Voy a hablar de la ideología; del capitalismo; y de la seguridad.

\* \* \*

Primer punto clave: la identidad nacional y la ideología nacional. La identidad nacional de los Estados Unidos recae en lo que llamamos el “American exceptionalism” o el excepcionalismo norteamericano, la firme creencia de que Estados Unidos representa la encarnación de los principios más importantes de la sociedad humana: la libertad, la democracia, y el

progreso. Desde sus principios en la época colonial, los Ingleses que desembarcaron en América del Norte plantearon crear allí una sociedad utópica con más libertades y más posibilidades de las que existían en el Viejo Mundo. Se ha hablado mucho de Estados Unidos como “la ciudad sobre la colina”, un modelo para el mundo que lo único que pretende es derramar sobre éste los beneficios de la libertad. Claro que cada estadounidense puede, o debe, reconocer ciertas contradicciones en esta imagen, desde la esclavitud hasta algunas guerras sucias en su historia. Tenemos una democracia donde la preferencia política de un rico cuenta mucho más que la preferencia política de un pobre. Gozamos de grandes libertades pero también tenemos más personas encarceladas que cualquier otro país en el mundo. Creemos en el progreso, pero nuestro sistema político hoy se parece a un embotellamiento en un día de paro en Buenos Aires. Sin embargo, sigue siendo el fundamento de la ideología nacional que Estados Unidos existe como país en la tierra para promover los ideales de la libertad y la democracia.

En la práctica, esto significa que no solo los idealistas, sino cada presidente, republicano o demócrata, habla de su política en términos de estos principios sagrados en sus discursos a la nación. Y siempre ha existido un lobby para usar el enorme poder estadounidense para fines humanitarios. Esto fue parte de la decisión de intervenir en Cuba contra el imperio español en 1898. El presidente Woodrow Wilson habló de entrar en la Primera Guerra Mundial para hacer un mundo seguro para la democracia. Hoy en día, están los que quieren usar el poder norteamericano para derrocar a Bashar al Assad en Siria y salvar al pueblo sirio de su sangrienta represión, y otros que piensan que Estados Unidos debe hacer algo para impedir que Rusia imponga su voluntad sobre el pueblo ucraniano.

Pero al mismo tiempo, hay contracorrientes de varios tipos. Los partidarios del aislamiento no quieren gastar plata y vidas norteamericanas para ayudar a extranjeros. Los unilateralistas quieren que se use la fuerza militar sin pedir permiso a nadie para derrocar a los enemigos que ven entre los estados más independientes y más radicales. Y también están los que apoyan un sistema de principios y reglas internacionales, que quieren fortalecer instituciones multinacionales. Estos internacionalistas se dividen en dos grupos: los que ven a las instituciones internacionales como instrumentos para multiplicar la fuerza de Estados Unidos quieren que la ONU, la OEA, la OTAN, y el FMI funcionen bajo el liderazgo de

Washington y que las reglas respondan a deseos norteamericanos. El segundo grupo de internacionalistas realmente creen en un orden mundial fundado en principios globales, y quieren que el mismo Estados Unidos respete la ley y los tratados internacionales. Estos potenciales aliados de Ustedes se pueden llamarles internacionalistas principiantes, incluye toda una serie de organismos no gubernamentales, muchos diplomáticos de carrera, y algunos destacados políticos del partido demócrata como el actual Secretario de Estado John Kerry. En vez de decir que Estados Unidos por su superioridad a todos los demás países tiene el derecho de imponer su voluntad a los otros, piensan que Estados Unidos sería más seguro en un mundo seguro bajo normas y reglas internacionales, aún si de vez en cuando eso quiere decir que Washington no gana cada disputa.

Ahora se ve porque hay mucho debate en Estados Unidos en cuanto a la política exterior, sobre todo en cuanto a cuestiones de intervención militar o injerencia en otros países. Se han unido algunas de estas corrientes durante la administración de Bush para iniciar la “guerra preventiva” en Iraq, que fue para algunos una campaña de liberación de un dictador, para otros la muestra del derecho de Estados Unidos de atacar unilateralmente, para otros una guerra defensiva a largo plazo, y para otros la ocasión de apoderarse de una fuente importante de petróleo.

Esta última referencia nos lleva al segundo punto clave en las tradiciones de la política exterior: el capitalismo al estilo norteamericano, o lo que se llama el libre mercado o el libre comercio.

El libre comercio, fundamento de la política exterior de Estados Unidos desde el siglo diecinueve, es un principio que tiene una clara definición, pero en la práctica tiene otro sentido. La clara definición es que los países intercambian productos y capitales sin barreras de ningún tipo. La teoría del capitalismo al estilo norteamericano dice que todos se benefician bajo el libre comercio. Es claro que es una teoría lógica para el país más productivo del mundo, que protegió sus propias industrias durante su primer siglo de desarrollo, y hoy tiene industrias maduras y un mercado interno inmenso, y con él las reservas de capitales vastas que aseguran que empresas norteamericanas van a ganar en casi cualquier competencia abierta. Es un poco como si “el Chino” Maidana te dijera: vos y yo nos vamos a pelear según reglas neutrales: usando solo nuestros puños. Cada presidente norteamericano proclama su fe en el libre comercio, y pide a otros países de seguir el mismo principio.

Pero en la práctica, el libre comercio es un concepto como la libertad y la democracia: depende del punto de vista de él que lo pronuncie. El libre comercio existe al lado de otra tradición que recibe menos loas: el proteccionismo, que a veces produce un doble discurso. Estados Unidos protege su mercado interior con subsidios abiertos y escogidos, reglas sanitarias, leyes anti-dumping, protección de patentes y propiedad intelectual, y un sistema de preferencias nacionales en contratos gubernamentales. Es en parte por eso que las negociaciones con otros países sobre tratados de libre comercio, como el Acuerdo del Pacífico, son muy difíciles. También son difíciles las negociaciones sobre estos acuerdos en el sistema política interior de Estados Unidos, porque les benefician mucho más a algunos sectores que a otros, y hay muchos estadounidenses que no quieren perder su soberanía sobre cuestiones del reglamento del trabajo, o del medio ambiente, que implica el texto detallado de tales acuerdos.

Tercer punto clave: la seguridad. La seguridad nacional es el objetivo más básico de la política exterior de cualquier país. Proteger a sus ciudadanos y a su territorio nacional es esencial también para Estados Unidos. Su posición geográfica entre dos mares y dos países amigos le ha protegido mucho en el pasado. Un aspecto interesante de la historia estadounidense es que el temor a un ataque que venga del exterior parece ser aún más elevado que en países donde el riesgo de un ataque es mucho más alto. Durante la Guerra Fría, el temor al comunismo y a la subversión llegaron a niveles mucho más elevados que en países fronterizos con el bloque Soviético, o como Francia o Italia, que tenían partidos comunistas representando casi un cuarto de la población. El partido en Estados Unidos era minúsculo, unos 0,02 por ciento de la población. Nosotros tuvimos un “Red Scare,” el temor rojo, que no tuvo lugar en Europa, aunque había más comunismo y más proximidad al enemigo allí.

Hoy en día tenemos más seguridad que otros países que sufren ataques de terrorismo más frecuentemente que Estados Unidos, pero el temor al terrorismo está muy elevado. Claro que los ataques del 11 de septiembre fueron desastrosos y nadie quiere correr el riesgo de otro similar. Este miedo ha llevado a que Washington rediseñara su doctrina de seguridad, reforzando la tendencia de ver el mundo entero como una zona de interés especial para la seguridad estadounidense. Hemos desarrollado la cooperación militar con las fuerzas armadas de muchas naciones, hasta tener hoy una presencia militar estadounidense en 90 países. Esta forma de



cooperación incluye promover la utilización de las fuerzas armadas en las tareas de seguridad interior, se refiere principalmente a la lucha contra el terrorismo y al combate del narcotráfico. Como hemos visto durante un proceso parecido en la lucha contra el comunismo, la doctrina de seguridad nacional puede fortalecer las fuerzas armadas en un país, pero si no hay una fuerte predominancia del poder civil, esto puede producir abusos y golpes de estado. La administración Obama sigue ambas sendas a la vez: fortalecer a las fuerzas armadas de muchos países (incluso vendiéndoles muchas armas, que ayuda a crecer las exportaciones de Estados Unidos) pero al mismo tiempo usando el Departamento de Estado y algunos organismos paragubernamentales como el Instituto para la Democracia para tratar de fortalecer la sociedad civil. Las dificultades de este acto de balancear se ven, por ejemplo, en Egipto, donde las relaciones entre los militares de ambos países siguen siendo muy estrechas, pero la promoción de la democracia no ha tenido éxito.

Gracias a la tecnología de la vigilancia pronto va a ser posible escuchar casi todas las comunicaciones en el mundo entero. La pregunta para algunos críticos en Estados Unidos es si esto promueve la seguridad nacional o es un doble detrimento porque causa resentimientos en países amigos y consume recursos que mejor se podrían utilizar en casos específicos en vez de crear montones de informaciones de poca importancia que tienen que ser analizadas. Otros críticos dicen que el enorme presupuesto militar, más grande que los próximos quince países todos juntos, no protege la nación de amenazas actuales, de manera tal que representa el desperdicio de recursos que se necesitan para el bienestar del país, como la infraestructura, la educación, la salud, la investigación científica, etcétera. Bajo Obama el presupuesto militar ha disminuido de los niveles elevados durante la primera década del siglo veintiuno, pero sigue en un nivel impresionante.

Estos tres puntos clave no existen totalmente separados los unos de los otros. Veamos cómo se relacionan. Ya en 1948, el famoso George Kennan, el primer teorista de la estrategia norteamericana en la Guerra Fría, escribió estas líneas sobre el dilema de su país en cuanto a la defensa de sus intereses.

Kennan dijo: “Tenemos cerca de 50% de la riqueza del mundo, pero sólo el 6% de su población... En esta situación, no podemos dejar de ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra verdadera tarea en el período que viene es diseñar un modelo de relaciones que nos permita mantener esta posición de disparidad sin detrimento para nuestra seguridad nacional.”

Cierto, hay distintas tradiciones dentro de Estados Unidos en cuanto a la política exterior. Hay diferencias entre demócratas y republicanos, multilateralistas y unilateralistas, palomas y halcones. Pero todos están de acuerdo con Kennan: hay que proteger la posición de Estados Unidos; si es posible, ayudando a todos, pero sobre todo asegurando que el propio país no pierda ni poder, ni bienestar, ni riqueza. El debate no se trata del objetivo, sino de los métodos para realizarlo.

Entonces, ¿qué lugar ocupa el presidente Obama en todo esto?

Comparte la ideología nacional del excepcionalismo norteamericano, pero de un modo sensato. Ha dicho que su país es excepcional pero todos los países lo son, que existe un excepcionalismo británico y un excepcionalismo griego, etc., y que todos tenemos algo que aprender de los demás.

La semana pasada, el Presidente Obama, en un discurso en la academia militar de West Point, dijo: "La opinión internacional importa, pero Estados Unidos nunca debe pedir permiso para proteger a su pueblo, su territorio o su forma de vida". La diferencia entre esta posición y la de los unilateralistas es que se refiere a casos donde Estados Unidos o sus aliados están en inminente peligro.

Obama se ha rodeado de asesores que creen en la responsabilidad de usar el poder militar estadounidense más allá de lo defensivo, para ayudar a extranjeros en peligro. Su consejera de seguridad nacional, Susan Rice, y su embajadora a la ONU, Samantha Power, son intervencionistas humanitarias de convicción; Samantha Power escribió un libro sobre la responsabilidad de Estados Unidos de luchar contra el genocidio en el mundo entero. Obama es menos activista en este sentido; cree que la guerra es algo que se debe evitar siempre y cuando sea posible. Prefiere negociar y encontrar soluciones diplomáticas, y usar la fuerza bélica sólo en casos cuando hay una emergencia humanitaria, existe suficiente apoyo internacional, y se suponga que una intervención va a tener éxito. Por eso terminó la guerra en Iraq y está poniendo fin a la guerra en Afganistán. Dijo "sí" a la intervención en Libia, donde había una resolución del consejo de seguridad de la ONU, y a las pequeñas misiones de docenas de militares norteamericanos en África (Nigeria, Uganda, y Somalia), pero "no" a la demanda de varios de sus críticos de una intervención en Siria, en Irán, o en Ucrania. Si hay una Doctrina Obama, es que el uso de la fuerza debe ser necesario, posible, y santificado.

Por otro lado, y en lo que respecta a enviar soldados o bombardear con aviones, en el siglo veintiuno, la tecnología ha hecho posible otro tipo de injerencia militar: los drones. Los drones son aviones no tripulados. Ocho por ciento de los pilotos de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses manejan drones desde sus sillones y sus pantallas de video en Las Vegas o en aeropuertos militares en el Medio Oriente. Obama ha autorizado centenares de ataques con drones en cinco países (Afganistán, Pakistán, Libia, Yemen, y Somalia). Han matado a unas dos mil quinientas personas, incluso algunos pocos con ciudadanía estadounidense. Es un método atractivo para Obama porque no hay ningún riesgo de que se muera un soldado norteamericano, y es más preciso que lanzar una bomba de quinientos kilogramos desde un avión. Ha terminado con la vida de muchos terroristas. Pero la tecnología no puede evitar la mala información, y por eso han matado también a civiles, incluso los huéspedes de una fiesta de matrimonio en el Yemen. El uso de los drones es un caso donde los críticos de Obama preferían que se establezcan al nivel internacional algunas reglas para controlar esta tecnología militar, y que haya procesos legales antes de ordenar la ejecución de sospechosos en otros países. O al menos, en principio, porque cuarenta países están desarrollando sus propios drones, incluso Argentina. Es uno de los desafíos como el cambio climático, el narcotráfico, la crisis financiera, y las epidemias que algunos norteamericanos piensan que se solucionan solamente a través la cooperación internacional, pero también hay sectores nacionalistas que se oponen a esfuerzos multilaterales.

En cuanto al libre comercio, el Presidente Obama es un partidario tenaz. Dijo al inicio de su presidencia que quiere doblar la cantidad de las exportaciones. Los funcionarios de su gobierno en cada nivel lo alientan para ayudar a crecer las exportaciones en todo el mundo. Y es más, esto representa un desafío geopolítico, porque los Estados Unidos se encuentran en un periodo de cambio geopolítico. Después de la Segunda Guerra Mundial, la destrucción de dos de los tres centros industriales del planeta, en Europa y en Asia, dejó al tercero, Norteamérica, en una postura de predominio en el mercado mundial. La Unión Soviética sólo podía recurrir a la venta de armas, por la baja calidad de sus otros productos.

Pero hoy en día Europa y Asia se han reconstruido y han crecido y se van unificando como economías integradas. Aún si este proceso no está completo, ambas regiones representan grandes recursos de capitales que confluyen con los capitales norteamericanos para los mercados del resto del

mundo. Los Estados Unidos tienen que competir con la Unión Europea y la Organización de Cooperación de Shanghái (que incluye China, Rusia, y cinco estados de Asia Central, reforzada por el gigante acuerdo sobre el gas entre Rusia y China a fines de mayo). Por eso, Obama sigue una política de buscar acuerdos de libre comercio con países de América Latina, incluso el Acuerdo de Asociación Transpacífico, para contrarrestar el proceso de conformación de bloques en Europa y Asia. Concentra sus esfuerzos en los países cooperativos, que son México, Chile, Colombia, y Perú. El papel importante de América Latina en estos planes debe crear oportunidades, por ejemplo, para pedir que Estados Unidos recorte sus subsidios agropecuarios. La UNASUR y la CELAC tienen más peso ahora que todo otro proyecto de integración regional en la historia de América Latina.

\* \* \*

Hay muchos otros temas que se podría nombrar, porque Estados Unidos es un poder global. Por ejemplo, el problema del crecimiento espantoso de China, país que empieza a esperar que su poder político sea igual a su poder económico. Obama ha hablado de un “pívot a Asia,” concentrándose en las relaciones con Asia, una política que reconoce la importancia de China, donde quiere mantener buenas relaciones y más comercio entre ambos países, y al mismo tiempo quiere fortalecer a los países fronterizos con China para impedir que éste se vuelva agresivo en cuanto a conflictos de fronteras, sobre todo en los mares.

Por otro lado, está tratando de contribuir a una resolución pacífica entre los israelíes y los palestinos, sin mucha esperanza. Trata con más optimismo de impedir que el Irán consiga una bomba atómica, utilizando sanciones económicas y diplomacia multilateral. Espera que los mismos métodos produzcan cambios en la política de Rusia en Ucrania. (No hay mucho apoyo para una intervención militar en Ucrania. En un sondeo reciente, se les preguntó a estadounidenses si estaban a favor de una acción militar en Ucrania. También se les preguntó dónde se ubica el país. Las respuestas son un poco tristes para un profesor. Sólo un estadounidense de cada seis puede encontrar a Ucrania en un mapa; muchos piensan que es en África, en el Pacífico, o en Canadá. Y cuanto más se equivocan, tanto más están a favor de intervenir.)

El presidente Obama ha prohibido la tortura, trata de evitar nuevas detenciones indefinidas sin juicio, pero no ha podido convencer al Congreso de cerrar la cárcel de Guantánamo. Tampoco el Congreso lo apoya en los acuerdos internacionales para salvar el medio ambiente. Así que hay aspectos positivos y aspectos negativos en la política exterior de Estados Unidos. Cuando se comporta de una manera que no les gusta a otros países, tal vez se han preguntados Uds., ¿por qué ese país parece tan sordo a la crítica?

Esta pregunta nos lleva otra vez al tema del anti-americanismo. Cuando se critica la política exterior de Washington, se oye a menudo en Estados Unidos que el problema es que los extranjeros son antiamericanos. El antiamericanismo, nos dicen los expertos, no es simplemente oponerse a la política de Washington. Es un “ismo,” es un sistema de pensamiento que tiene sus raíces en el odio para la democracia. Como dijo el presidente Bush después del once de septiembre, “nos odian por nuestras libertades.”

Se ve aquí el poder del excepcionalismo norteamericano. Pero si se piensa un poco, en el fondo la expresión “antiamericanismo” debería resultar tan insólita como para exigir un análisis más detenido; no se suele hablar de “antigermanismo” ni de “antimexicanismo”, aunque toda nación haya suscitado en algún momento sentimientos de hostilidad y haya provocado agravios históricos. Cuando medio planeta se burlaba del ex primer ministro italiano Silvio Berlusconi, los italianos no se pusieron a denunciar, voz en grito, un brote de “antiitalianismo”. Las escasas expresiones vagamente comparables a la del antiamericanismo se han dado históricamente en regímenes totalitarios o imperialistas, lo que revela unos extraños compañeros lingüísticos de Estados Unidos. Los defensores del Imperio británico también acudían a la “anglofobia” para explicar por qué su “misión civilizatoria” suscitaba oposiciones en los territorios colonizados; en cuanto a la Rusia imperial, “defensora de los eslavos”, también consideraba que los pueblos que se resistían obstinadamente a su férreo dominio cultivaban la “rusofobia”. Los nazis denominaban *Undeutsche* (‘antialemanes’) a sus opositores, mientras la Unión Soviética acusaba a los disidentes de “antisovietismo” por desviarse de la doctrina oficial. En las palabras del senador J. William Fulbright, el gran crítico de la Guerra en Vietnam, «El poder tiende a confundirse a sí mismo con la virtud». Que una democracia adopte expresiones imperiales es curioso.

En cuanto a la política interior, tampoco nos sirve bien el concepto del antiamericanismo, que implica que las críticas procedentes de nuestros compatriotas son puñaladas en la espalda asestadas por traidores. En la historia de mi país se les ha tachado de “antiamericanos” no sólo a críticos duros como Noam Chomsky sino a John Quincy Adams, Henry Clay, Abraham Lincoln, Woodrow Wilson, Martin Luther King, todos al momento de cuestionar el comportamiento bélico de su propio país. Curioso, también, que en una democracia adoptemos una expresión tan incompatible con nuestra fuerte tradición del disenso y la libre expresión.

Yo quisiera cuestionar la convicción de que toda crítica interna hacia Estados Unidos procede de ciudadanos desleales –norteamericanos anti-americanos– y de que toda oposición externa emana de sentimientos antidemocráticos o de la irracionalidad de los extranjeros.

Un ejemplo reciente puede ayudar a aclarar este planteamiento.

En 2002, el presidente francés Jacques Chirac advirtió a Estados Unidos de que era preferible no invadir Iraq, basándose en parte en la mala experiencia de su país (y también personal) en la Guerra de Argelia. Los argumentos de Chirac fueron despreciados por un coro de voces que lo acusaban de “antiamericanismo.” La reacción estadounidense fue rápida y contundente: se lanzó una campaña de boicot a los productos galos, se quemaron banderas tricolores y se vertieron en las alcantarillas muchos litros de buen vino francés. La cafetería del Congreso revisó su menú para eliminar cualquier producto con denominación francesa, sustituyendo las *french fries* [‘papas francesas, es decir papas fritas’] por las *Freedom Fries* [‘Papas fritas de la libertad’] y el *french dressing* [‘aliño francés’] por el *Freedom Dressing* [‘Aliño de la libertad’]. Se multiplicaron las pegatinas de coche con el mensaje: «Primero a por Iraq, luego a por Francia». Varios miembros del Congreso dieron discursos en los que pedían que los cuerpos de los soldados estadounidenses enterrados en Normandía después de la Segunda Guerra Mundial fueran devueltos a su patria, pues el suelo francés ya no era digno de acoger en su seno a nuestros héroes. Mientras tanto, las manifestaciones mundiales más enormes de toda la historia de la Humanidad reunieron a millones de personas para exigir a Estados Unidos que no comenzara una guerra cuyo sentido estaba siendo vivamente cuestionado. No obstante, la mayoría de los estadounidenses decidió ignorar esta nueva “efusión antiamericana” y unirse para apoyar la decisión de su

presidente, cuando este ordenó a las tropas que marcharan hacia la peor debacle militar de Estados Unidos del siglo Veintiuno.

Este episodio supuso, para un historiador, un extraño *déjà vu*: en los años sesenta, el entonces presidente francés Charles de Gaulle ya advirtió a Estados Unidos contra la idea de una intervención militar en Vietnam, basándose también en parte en la mala experiencia francesa en la guerra de Indochina y prediciendo que una nueva guerra en ese rincón del planeta iba a durar una década y acabar con una derrota. La reacción estadounidense fue rápida y contundente: se lanzó una campaña de boicot a los productos franceses, quemándose banderas tricolores y vertiéndose vino francés en las alcantarillas. Algunos congresistas pronunciaron igualmente discursos reclamando la repatriación a Estados Unidos de los cuerpos de los soldados enterrados en Normandía, pues el suelo francés ya no era digno de acoger en su seno a nuestros héroes. En cuanto a las masivas manifestaciones antiguerra que tenían lugar en todo el mundo, fueron simplemente tachadas de maniobras antiamericanas. Funcionarios de nuestro gobierno calificaron el “antiamericanismo” de Charles de Gaulle de «obsesión compulsiva» y ordenaron a las tropas estadounidenses que marcharan hacia la peor debacle militar de Estados Unidos del siglo Veinte.

Décadas después, el exsecretario de Defensa Robert McNamara, lleno de remordimientos, se lamentó por no haber hecho caso a las advertencias de Charles de Gaulle; exactamente igual que muchos estadounidenses que ahora se arrepienten de la decisión de invadir y ocupar Iraq. Y es más: Revisar los archivo diplomáticos me enseñó que las opiniones francesas eran compartidas —en privado— por altos cargos públicos de Alemania Occidental y de Gran Bretaña, aunque la constatación de que las administraciones de Kennedy y de Johnson no toleraban críticas extranjeras les condujo a guardarse sus dudas para sí mismos y a presentar una cara pública “proamericana” de apoyo retórico a su política en Vietnam. Este caso demuestra que los “antiamericanos” franceses ofrecieron en realidad los mejores consejos, mientras los aliados más “proamericanos”, que antepusieron la apariencia de solidaridad incondicional, ayudaron a los políticos estadounidenses a provocar un gran daño a Estados Unidos. Lo mismo sucedió con la guerra en Iraq. El concepto del antiamericanismo, al cerrar el paso a todo punto de vista alternativo, contribuyó así decisivamente a dos de los mayores fracasos en política exterior de toda la historia de Estados Unidos.

Ningún país tiene el monopolio de la sabiduría, y nosotros los estadounidenses necesitamos nuestros críticos. Como dijo el teólogo y politólogo realista Reinhold Niebuhr hace medio siglo, habría que esperar que los estadounidenses aprendamos a soportar incluso los ataques injustificados contra nosotros con la suficiente paciencia para que podamos aprender también de las críticas justificadas.

Argentina no sólo tiene una larga tradición de criticar a Estados Unidos, sino tiene una tradición relacionada de defender importantes principios en las relaciones internacionales. Son los principios articulados hace un siglo por Carlos Calvo, Luis María Drago, Carlos Saavedra Lamas, y muchos otros diplomáticos y juristas que insistían en la igualdad jurídica de los estados, la no intervención, y la resolución pacífica de los conflictos. Sus esfuerzos contribuyeron mucho a la construcción de regímenes internacionales como los Convenios de La Haya, la Sociedad de Naciones, y las Naciones Unidas. Aún si no tenemos siempre entre Buenos Aires y Washington las “relaciones carnales” que el Canciller Di Tella describió en la época de Menem, podemos esperar que argentinos y norteamericanos quienes creen en los mismos principios de solidaridad internacional puedan cooperar para superar los problemas más difíciles de nuestros días.

El excepcionalismo norteamericano seguirá siendo fundamental para las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo, y esto a veces contribuye a los tipos de recelos que a algunos de mis compatriotas les hacen pensar que las ideas extranjeras son básicamente impulsadas por el “antiamericanismo”, en vez de hacer una serena valoración de las alternativas. Pero el mismo excepcionalismo puede tener un sentido positivo. El Presidente Obama acaba de pronunciar estas palabras en West Point: “Creo en el excepcionalismo americano con cada fibra de mi ser. Pero lo que nos hace excepcionales no es nuestra capacidad de vulnerar las normas internacionales y el respeto de la ley, sino nuestra voluntad de afirmarlos a través de nuestras acciones”. Con la ayuda de países como Argentina donde existe la misma voluntad, juntos podremos construir un sistema internacional aún más eficaz, justo, y pacífico.

Y con eso, les agradezco la atención, y les agradezco de antemano por cualquier duda justificada o provocativa.